

Cultura, Producción y Consumo

por Sebastián Salazar Bondy

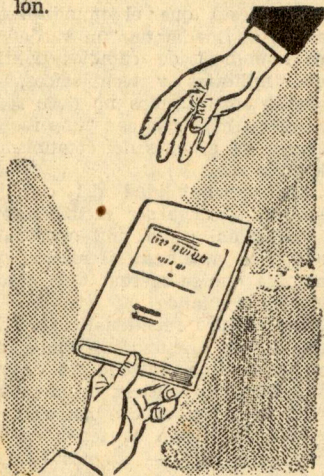
¿Está condenado el nombre contemporáneo a consumir solamente los productos intelectuales fabricados en serie y a la medida de la que se supone la mentalidad universal promedio? Así parece ser. Dicho estado de cosas entraña, por ende, la exclusión de cualquier obra de la fantasía que rehuya o desborde los moldes impuestos por la industrialización cultural. Se tiende a establecer con ello una cultura de masas, en el sentido el que se dan modas, deportes o costumbres de masas. Es sabido que la inteligencia que pretenda contradecir los cánones que determina la producción para multitudes se encontrará aislada, sitiada por hambre.

desarrollo capitalista y su inmensa inflorescencia, la urbe abigarrada del presente, ha condicionado la necesidad de poner, en principio, todo al alcance de todos: hojas de afeitar o automóviles. Y también libros, absorbidos a la fuerza por la mayoría, más por curiosidad que por avidez de encantamiento o saber, (En los Estados Unidos un "pocket book" que no alcanza el medio millón de ejemplares no es ni siquiera un mediano éxito de librería).

La industria procede con un plan. Descubre un gusto literario o artístico masivo, primero. Lo fomenta, luego, con la publicidad intrigante, lo difunde envuelto en el mito que surge de dicha propaganda, y no admite, después, que se extinga hasta que no haya rendido colosales utilidades y pueda ser reemplazado por otro equivalente. Es esta una cadena contemporánea, en la que han sucumbido y sucumben muchos talentos occidentales.

En el mundo comunista el panorama es peor, más cerrado y violento. Ahí la cultura de masas no depende de la industria privada, sino de la industria estatal, estigmatizada por el propósito pedagógico o formativo de partido, de ideología exclusiva. Dwight Mac Donald ha definido bien la diferencia de la situación del creador ante el signo masivo en una parte y otra del mundo: "El resultado —dice— es que en los Estados Unidos el artista consciente puede vivir al margen de la cultura de masas, si está decidido a subsistir con muy poco dinero; mientras que en la Rusia Soviética ese artista no puede escapar". El reciente caso de Boris Pasternak lo ha demostrado palpablemente en lo que respecta a los que están detrás de la "cortina de

hierro", en tanto que la soledad de los intelectuales libres de Norteamérica, Europa o América Latina, a los cuales la muchedumbre y la burguesía abruma con lo que Jacques Lemarchand llama "la pregunta maniática, la pregunta métrica" (¿Qué representa esto?), ilustra bien sobre lo que acontece a este lado del ferrocarril.



El fin de esta automatización del intelecto parece ser la fabricación de un objeto cultural único —texto, cuadro, melodía, etc.— cuyas especies varían en los detalles pero que sean idénticas en el fondo. La conversión del hombre, por ejemplo, en lector de un solo libro, aquel individuo sin horizonte contra el cual, hace ya bastantes siglos, Santo Tomás nos prevenía. La misma novela mil veces escrita con distintas —pero no menos tontas— palabras, el mismo poema com-

puesto con desiguales —pero no menos vacuos— versos, el mismo sistema filosófico elaborado con diferentes —pero no menos superficiales— fórmulas. Y la aburrida comunidad, así uniformada, repitiendo una y mil veces esas falsas respuestas a la pregunta abominada por Lemarchand.

Pero ¿y la salida? Tal vez nos la da una anécdota que cuenta Wilhelm Worringer. Va, tal como la relata en su excelente ensayo sobre "La problemática del arte contemporáneo", enseguida: "Ambos (se refiere a él y a Max Sheler) platicábamos en la terraza de un café de "boulevard" parisino al caer la tarde. Nos hallábamos cautivados por la "puesta en escena" con que, ante nuestro ojos, se desarrollaba allí, transfigurado, el teatro cotidiano de la vida callejera. Como buenos alemanes, nos esforzamos por definir lo indefinible, Y Sheler, finalmente, dijo en medio de su ensoñación: ¡Hay países que están bajo la dictadura de los consumidores, y otros que están bajo la dictadura de los productores! ¡Qué alivio, qué encantador hallarse en un país que está bajo la dictadura de los consumidores!" He ahí, sin duda, un camino, mas el secreto para tomarlo está, sin duda, en que todo consumidor sea un individuo libre, no un corpúsculo de la masa, y que sea el gran sufragio de las conciencias plenas el que determine la producción, que así, tanto en el orden de la vida espiritual cuanto en el de la material, será antes que nada creación. Vale decir, poesía.